

JSR

0155611

11/18/2008

AUTO

por

ERNESTO CABALLERO

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-PR

DRAMATIS PERSONAE

La esposa
El marido
La autoestopista
La cuñada

Una sala de espera. Aparecen cuatro personajes.

ESPOSA.- Aquí debe ser.

MARIDO.- Sí, debe ser aquí.

AUTOESTOPISTA.- Qué sitio más raro.

CUÑADA.- Parece que están de mudanzas.

MARIDO.- O que lo acaben de pintar.

AUTOESTOPISTA.- No huele a pintura.

MARIDO.- No, no huele a nada.

ESPOSA.- Todo está cubierto así
porque van a limpiar a fondo.

MARIDO.- ¿Qué es lo que hay que limpiar?

AUTOESTOPISTA.- ¡Un momento...! ¿No han oído?

MARIDO.- ¿El qué?

AUTOESTOPISTA.- Me había parecido...

CUÑADA.- No se escucha ni una mosca.

MARIDO.- Todavía no habrán llegado.

ESPOSA.- ¿Quiénes?

MARIDO.- No sé, los que falten por llegar.

ESPOSA.- ¿Y puede saberse a quién te refieres?

MARIDO.- Pues a los que tengan que avisarnos.

O los de la limpieza, ¿qué se yo?

Además, no sé, me extraña que él no haya venido.

ESPOSA.- ¿Quién?

MARIDO.- Pues él...
él...

AUTOESTOPISTA.- El conductor del camión.

(PAUSA)

CUÑADA.- Hemos debido llegar antes de la hora.
No he tenido tiempo de arreglarme. Qué lata.

MARIDO.- Estamos sin coche, no podíamos arriesgarnos.
Estamos sin coche; cuando lo pienso...

AUTOESTOPISTA.- ¿Y ahora qué hay que hacer?

ESPOSA.- Esperar nuestro turno
como en cualquier establecimiento civilizado.

CUÑADA.- O como en la peluquería.

AUTOESTOPISTA.- O como en un hospital.

MARIDO.- ¡Cómo en un hospital! ¿Qué os parece?
Eso sí que tiene gracia, ¿verdad?

(PAUSA)

ESPOSA.- Los hospitales, a veces, no parecen
establecimientos civilizados. Hay mucha gente
que no sabe estar como tiene que estar.

CUÑADA.- Ocorre lo mismo en las peluquerías.

MARIDO.- Pero a fin de cuentas en esos dos lugares
uno no tiene más remedio que guardar su turno.
Debemos reconocer que existe un mínimo
de organización. Menos mal.

CUÑADA.- Todo esto está muy bien; pero ahora,
dime, ahora, por qué tenemos que esperar.
No parece que haya nadie delante de nosotros.

ESPOSA.- Tú qué sabes. Estás hablando
sin conocimiento de causa.

CUÑADA.- No te pases de lista, hermanita. Está claro
que aquí no hay nadie, que hemos llegado antes
de la hora, y que en estos momentos yo
podría estar en la peluquería.

AUTOESTOPISTA.- Lleva razón. Estamos perdiendo el tiempo
[a lo tonto.

Nunca he soportado estas esperas. Y además
en un lugar tan deprimente como éste...
Tener que estar aquí por una tontería de nada...
Ni siquiera hay una máquina de café. Al menos
con un café se esperaría de otro modo.

ESPOSA.- No hubiese sido mala idea
traer algo calentito en un termo.
Tengo una colección preciosa de termos;
conservan el calor magníficamente. Además,
ahora se fabrican con unos diseños atrevidísimos.
Los tengo en la cocina sólo de adorno, nunca
los utilizo. Esta hubiese sido una buena ocasión.
Aunque también llevaba uno el otro día.
Seguro que nadie reparó en él.

CUÑADA.- No llegaste a sacarlo de la bolsa.

MARIDO.- El café me sienta como un tiro en el estómago.

ESPOSA.- Mi termo, es cierto, lo olvidé en el maletero.

MARIDO.- Pobre.

ESPOSA.- ¿Quién?

MARIDO.- El maletero. ¡Con el buen juego que daba!
Ha quedado para la chatarrería. Y todo
por ese desaprensivo, por ese cafre.

AUTOESTOPISTA.- Tendría que estar aquí.

CUÑADA.- Desde luego, él, sólo él
tendría que haber venido a declarar. El,
sólo él debería sentarse en
el banquillo de los acusados.

ESPOSA.- Tal vez ha declarado; o puede
que esté citado para más tarde.

AUTOESTOPISTA.— Otras veces estas cosas se resuelven sólo con los conductores. ¡No hay derecho! Yo en estos lugares me deprimó. Estoy cansada. No sé qué hago aquí. Otras veces estas cosas las arreglan sólo con los conductores.

ESPOSA.— Otras, no ésta. Somos los únicos testigos.

AUTOESTOPISTA.— ¿De qué? Yo no sé nada. No pienso decir nada. No he hecho nada malo. Quiero telefonar a mi casa.

MARIDO.— Nos vendría bien un calmante.

AUTOESTOPISTA.— Desde luego, pero se quedaron en el coche. ¡Qué gafada!

ESPOSA.— (Al marido) ¿Desde cuándo tomas esas porquerías?

MARIDO.— Estoy haciendo todo lo posible por conservar la calma. Eso trato de hacer. Hay que tener en cuenta que el propietario de la víctima; quiero decir, que el dueño del vehículo, el más perjudicado... Ese soy yo. Por tanto, estaría justificado que yo llegase a perder el control. Yo. Yo.

ESPOSA.— Tú. Tú.

MARIDO.— Era mi coche. Ahora pura chatarra. Mi coche. Pobre... Pero no, no debo obsesionarme... El seguro, seguro, el seguro pagará. Seguro...

CUÑADA.— Depende.

MARIDO.— ¿De qué?

CUÑADA.— De la sentencia.

MARIDO.— ¿De qué sentencia?

CUÑADA.— Digo yo que estamos citados por algo.

MARIDO.— Claro, claro.

CUÑADA.— ¿Y no creéis que deberíamos ponernos de acuerdo sobre lo que vamos a declarar?

AUTOESTOPISTA.— Lo primero que tendríamos que saber es si nos han denunciado o no.

CUÑADA.— ¿Denunciarnos? ¿Quién podría hacer tal cosa?

AUTOESTOPISTA.— Pues él, ¿quién va a ser? El conductor.

ESPOSA.— Testigos, eso es lo que somos. Nada más que eso.

MARIDO.— Ahora que lo decís, no recuerdo si llegué a presentar la denuncia. Fue todo tan rápido.

AUTOESTOPISTA.— Sigo pensando que si nos han hecho venir a todos es porque nos han denunciado. ¡Y yo soy inocente! ¡Y menor que ustedes!

ESPOSA.— ¿Y eso qué tiene que ver? Aquí todos estamos complicados en el asunto.

MARIDO.— ¿En qué asunto?

ESPOSA.— En el accidente. ¿Cómo fue la cosa?

MARIDO.— Qué se yo. Sucedió todo muy rápidamente.

ESPOSA.— Tendríamos que hacer un esfuerzo por recordar.

AUTOESTOPISTA.— ¿Para qué? Sería mejor que nos pusiéramos de acuerdo para negarlo todo.

MARIDO.— ¿Negar qué?

AUTOESTOPISTA.— Sus acusaciones.

CUÑADA.— La chica tiene razón. Nos ha denunciado él, el conductor del camión.

Recordad cómo se puso. Estaba desencajado, hecho una fiera, daba miedo; él, encima que se llevó la mejor parte, ni un rasguño; nosotros, en cambio...

Ya, ya sé que podía haber sido peor, pero el susto y todo el trastorno: quedarse allí en la cuneta, las horas eternas. Parecía que ya nos quedaríamos allí para siempre, que nunca

ya podría volver a darme un baño de agua caliente, que nunca ya podría cambiar mis zapatos manchados de tierra, que nunca, nunca jamás podría arreglarme el peinado que ese sujeto me echó a perder.

¡Qué fastidio!

Pero lo que resulta el colmo es que ese sinvergüenza, el conductor del camión, haya tenido la desfachatez de ponernos una denuncia. El colmo de los colmos.

ESPOSA.— De todas formas, convendría que no nos contradijéramos.

AUTOESTOPISTA.— A mí no me importa decir, declarar mi pequeña responsabilidad.

MARIDO.— ¿Qué estás diciendo?

AUTOESTOPISTA.— No, no me importa decir, declarar que en parte creo que tuve, digo, declaro, en parte la culpa. Sí, eso diré, declararé que no avisé a tiempo para bajarme del coche, que lo hice en el peor momento y en el peor lugar: en aquella curva peligrosa

AQUI, AQUI ME BAJO,
y ya estábamos en esa maldita curva cerrada, sin visibilidad, sin señalizar...

Siempre he sido muy caprichosa, debí haberme dado cuenta del peligro, no se puede ir por ahí diciendo AQUI, AQUI ME BAJO y esperar que no ocurra nada malo.

MARIDO.— ¿No irás a cometer la torpeza de auto... inculparte?

AUTOESTOPISTA.— No me importa,
no sé por qué, pero la verdad
es que poco me preocupa decir,
declarar
mi pequeña responsabilidad.

ESPOSA.— Autoinculparse, pequeña responsabilidad...
En lugar de exhibir el vocabulario
deberías aplicarte el cuento
y hacer examen de conciencia.
Que la tuya, quiero decir,
proclamar, que tu pequeña responsabilidad
no es tan pequeña que digamos.

MARIDO.— ¿De qué diablos estás hablando?

ESPOSA.— De ti, naturalmente,
del conductor del
automóvil,
de ese pánfilo tan simple
y elemental
que frena en seco
a la voz de una muchacha que dice
AQUI, AQUI ME BAJO.

CUÑADA.— Eso no es tan así.
El, el conductor del camión
es el que tardó en frenar.

MARIDO.— Creía que eso había quedado claro.
Ese energúmeno iba dormido.
¿Qué culpa tengo yo
de que los conductores de camiones
no duerman lo necesario?

ESPOSA.— ¿Por qué estás tan seguro
de que iba dormido?

MARIDO.— Pero es que vas a ser tú ahora
su abogada defensora.

ESPOSA.— Sólo quiero decir la verdad,
la verdad y nada más
que la verdad.

CUÑADA.— Pues la verdad es que circulaba
sin respetar la distancia
reglamentaria.

ESPOSA.— Nadie la respetaba. Nadie.
Tampoco nosotros. La caravana
no lo permitía. La carretera
parecía la hilera de hormigas
que se formó junto a los restos
de nuestra comida campestre.
¡Qué asco!
Afortunadamente había llevado
el spray
insecticida.
Me repugnan los
insectos...

AUTOESTOPISTA.— Ya mí también,
sobre todo
las cucarachas
y las hormigas con alas.

ESPOSA.— No recuerdo haber visto
ninguna ese día.

AUTOESTOPISTA.— Pues había.

ESPOSA.— Lo creo, lo creo.

(SILENCIO)

MARIDO.— Bueno, ¿y qué?

ESPOSA.— ¿Qué de qué?

MARIDO.— ¿Qué tienen que ver las hormigas con alas
en todo esto?

ESPOSA.— Todos circulábamos en fila,
como hormigas,

despacio,
lo justo para que el golpe
quedara sólo en un buen susto.
(A la autoestopista) ¿De verdad
había hormigas con alas? No,
no quiero saberlo.

CUÑADA.— Lo que tenemos que saber
cuanto antes
es lo que tenemos
que decir.

MARIDO.— El conductor del camión,
sólo él
tuvo la culpa.

ESPOSA.— ¿La culpa? ¿Qué culpa?

MARIDO.— ¿No crees que tiene que existir
algún culpable de todo esto?

ESPOSA.— ¿Sólo sabes pensar en ti mismo?

MARIDO.— Te equivocas, en quien estoy
pensando es en mi pobre coche,
no en mí;
por él, sólo por él, debemos
hacer justicia.

ESPOSA.— Tu coche, tu coche, eso es lo único
que te preocupa. Casi lo lamentas más
que si me hubieras perdido a mí...

MARIDO.— ¿Qué estás diciendo?

ESPOSA.— Bueno, hubieras preferido verme
inválida
antes que tu coche quedara como quedó.
Ahora, sin él, tú
eres el único inválido.
Te compadezco.

MARIDO.— No digas más tonterías, querida.

ESPOSA.— Soy libre para declarar: libre.

Ya va siendo hora de que cambien las cosas.

Se acabó eso de no tener una opinión,
eso de yo lo que diga mi marido,
lo que diga mi marido.

No señor, eso se acabó. El matrimonio
no puede hacerme renunciar a pensar
como pienso. A sentir
las cosas como las siento. Declararé,
si quiero,
que mi marido no ha sabido frenar
como Dios manda. Nunca ha sabido detenerse
en el momento apropiado.

MARIDO.— ¿A qué viene eso ahora?

ESPOSA.— Toda la vajilla de loza cara
hecha añicos por frenar
como frenaste.

MARIDO.— ¿A quién se le ocurre llevar al campo
platos de porcelana?

ESPOSA.— ¿Acaso está prohibido? ¿Eh?
¿Piensas denunciarme por ello?
¡Vamos! ¡Adelante! ¡No me importa! ¡Ya
no me importa nada!

CUÑADA.— Hermana, estás muy nerviosa.
Casi tanto como entonces. Reconoce
que entonces estabas muy alterada.
Esas miradas, esos comentarios; todo
lo que hacías estaba crispado,
antiestético.
Estabas horrible y tú no eres
tan fea.
Te miraba por el retrovisor
y sentía temor de verme así con los años...

ESPOSA.— Sólo te llevo un año.

CUÑADA.— Precisamente; pensaba que éramos hermanas casi gemelas pero que tú te habías puesto realmente espantosa. Créeme, no era muy agradable mirarte por el retrovisor. Creabas tanta tensión en el coche que, claro, de algún modo tenía que explotar.

ESPOSA.— ¡Esta si que es buena! ¡Ahora voy a tener yo la culpa del accidente! Yo, la única que estaba pendiente de la carretera; la única consciente de lo que se nos echaba encima, yo, la única que pude ver a ese camión acercarse más y más hasta que...

(SILENCIO)

AUTOESTOPISTA.— Lo que sí es verdad es que se respiraba un ambiente muy tenso dentro del coche. En seguida me di cuenta; nada más subir ya vi que algo no funcionaba. Tengo mucho ojo para ver cuando la gente se pone negativa. Yo también me pongo negativa muchas veces. Por eso lo entiendo.

MARIDO.— No recuerdo que fuéramos discutiendo. Creo más bien que íbamos callados como muertos.

CUÑADA.— Estábamos cansados.

AUTOESTOPISTA.— Tendríamos que haber salido antes, así hubiéramos podido evitar esa odiosa caravana.

MARIDO.— No me lo recuerdes. Era desesperante.

Sí, reconozco que estaba muy irritable, quién no, a ese paso nunca llegaríamos. Además, el motor se resiente al ir a esa marcha. Además...

CUÑADA.— ¿Además?

MARIDO.— No, nada... se me ha ido el santo al cielo.

CUÑADA.— Eramos los últimos de la fila, los últimos hasta que llegó ese maldito camión. Venía disparado, no debió darle tiempo ni para frenar. Nos embistió. ¿Es qué aún podemos ponerlo en duda? El ha sido el único responsable. Eso es lo único que hay. Lo único que debemos declarar. Y si quieren una prueba estoy dispuesta a mostrarles como quedaron mis medias caladas.

ESPOSA.— Me gustaría ver las cosas como tú, hermana, pero no lo veo tan claro.

AUTOESTOPISTA.— Ni yo. Yo... Le hice frenar bruscamente... No puedo decir otra cosa... Yo...

ESPOSA.— Sigo pensando que él, el conductor del camión no pudo hacer nada, no le dio tiempo a reaccionar por que él, mi marido, frenó inesperadamente nada más oír que la muchada gritó: **AQUI, AQUI ME BAJO.** En aquella curva peligrosa, el, mi marido, frenó de repente y zas,

ocurrió lo irreparable: ese trasto
que tanto apreciabas: i-rre-pa-ra-ble.

Me pregunto que hubiese sucedido
si llego a ser yo quien grita
AQUI, AQUI ME BAJO...
ni caso; no me hubieras hecho ni caso,
como siempre, como aquella vez,
¿no lo recuerdas? No, claro.

Fueron las mismas palabras:
AQUI, AQUI ME BAJO... pero tú
ni siquiera me contestaste, ¿recuerdas? No claro,
ahora te puedo decir lo que hubiera significado
que hubieras parado junto aquel
escaparate...

Cuando al día siguiente regresé
sola
en un taxi,
ya no quedaba ni una sola lámpara de pie
como aquélla. Las habían vendido todas.
Perdí la oportunidad.

Ahora te lo puedo decir. Si hubiese sido yo
quien grita AQUI, AQUI ME BAJO
no me hubieras hecho caso por lo que
no hubieras frenado como frenaste por lo que
no estaríamos hoy aquí perdiendo el tiempo.

MARIDO.- Pero, ¿por qué voy a tener que ser
el responsable? Lo lógico, digo, lo lógico
es pensar que ese camionero iba dormido;
puede ser la explicación; todo
debe tener una explicación LOGICA,
mi trabajo con las máquinas me lo ha demostrado,
cuestión de estadística,
la estadística arroja cifras incuestionables
acerca de las muchas horas al volante
de los transportistas,

duermen poco, y además beben considerablemente.
Ese tipo, el conductor del camión
no debía hallarse en plenitud de sus facultades;
y en la dehesa me pareció
bastante raro. Me pregunto
qué diablos hacía ese camión allí,
en medio de aquella explanada, en el campo
un domingo por la tarde...,
no, no es lógico, no es nada lógico;
por tanto no debemos tener en cuenta ese dato,
no es fiable... ¡Un camión en mitad
del campo un domingo por la tarde!
Extraño, ¿verdad?
No, no nos fiemos de las apariencias.
Seamos lógicos, por favor.

ESPOSA.- ¿Qué hay de raro en que parase
a descansar? Tiene derecho. Necesitan
reparar fuerzas después de llevar
tantas horas al volante.

MARIDO.- Me parece inconcebible estar de servicio
con el camión y abandonar la carretera
para holgazanear en el campo.

ESPOSA.- Prudencia, eso es lo que le llevó
a detenerse un momento. Seguramente
quiso echar una cabezadita
para conducir seguro. O tal vez
tenía otra razón de mayor peso. Tal vez...
Creo recordar... No, nada...

CUÑADA.- Iba dormido. Pararía para echar una cabezadita.

ESPOSA.- Me da que no paró para dormir.

CUÑADA.- ¿Ah, no?

ESPOSA.- No.

CUÑADA.- ¿Cómo estás tan segura?

ESPOSA.— Les ví juntos, les vi, les vi,
les estoy viendo...

CUÑADA.— ¿A quiénes?

ESPOSA.— A él, a él... Al conductor del camión...
(*Por la autopista*) con esta chica...

MARIDO.— (*A la autoestopista*) ¿Qué tienes que decir?

AUTOESTOPISTA.— No quiero recordar nada.

ESPOSA.— Nada más parar el camión en la dehesa.
Un forcejeo: parecía una discusión
muy acalorada. Supuse que se trataba
de la típica riña familiar... nosotros
a veces tenemos alguna que otra,
mi marido las tiene programadas, dice
que así, dosificando los roces domésticos
la vida conyugal se lleva mejor, no sé...
el caso es que reñimos sí, de vez en cuando;
aunque nunca ha llegado a ponerme
las manos encima: aunque, claro, mi marido
es como es: no tiene nada
que ver con aquel camionero. No hay más
que mirarle las manos.

MARIDO.— ¿Puede saberse qué le pasan a mis manos?

ESPOSA.— Son más pequeñas, sólo eso.

CUÑADA.— ¿Cómo estás tan segura?

ESPOSA.— Lo imagino, es fácil de suponer.

MARIDO.— Desde luego; el trabajo de un transportista
desarrolla las extremidades: el mío,
mi trabajo con los ordenadores desarrolla
el pensamiento analítico y la agilidad
digital. Habría que ver cuántas pulsaciones
por minuto es capaz de reproducir ese
bucólico conductor.

AUTOESTOPISTA.— Es cierto, tenía unas manos enormes.
Me quedé helada cuando me amenazó con ellas.
Había imaginado cierta rudeza, pero aquellas manos
ya eran una exageración. Qué susto.

CUÑADA.— Luego es cierto que llegaste con él...

AUTOESTOPISTA.— No sé nada, no lo recuerdo...

ESPOSA.— Vamos, confiesa...

AUTOESTOPISTA.— Necesito un calmante, ahora sí...

CUÑADA.— Tranquila... (*a la esposa*) y tú
deja de atosigarla.

ESPOSA.— Me callaré. Pero si nos hacen jurar
juraré que juntos los vi salir
del camión. Por éstas.

MARIDO.— Si eso fuere así surge
una nueva pregunta. ¿Qué hacían juntos?
Si se demuestra que ella
llegó con él,
que discutieron
y, sobre todo,
que, como nosotros,
acudieron a pasar el día
como el resto de las familias,
lo lógico, pienso,
es que
estadísticamente concluyamos que
están casados.

AUTOESTOPISTA.— ¿Cómo?

CUÑADA.— (*A la autoestopista*) Tranquila, hija, tranquila...
Confía en mí. Yo te defenderé de las calumnias.

ESPOSA.— ¿Por qué habría de ser una calumnia?
¿Por qué la llamas hija? ¿Y por qué...?

CUÑADA.— (*A la esposa*) Aunque fuera verdad que los hubieras
[visto]

salir juntos del camión, ¿significa eso que estén casados?... Dices que los viste, que realmente los viste; bien, los viste, puede que incluso bajaran de la cabina discutiendo, ¿significa eso que estén casados? ¿Acaso todas las parejas que se ven por ahí salir de un vehículo han de estar necesariamente casadas? (Al marido) Nada de eso, ni siquiera la mayoría de ellas... Yo misma, yo no estoy casada y debo confesar, sin pudor que más de una vez he salido de un vehículo en compañía masculina; no me gustaría que la gente pensara en estos casos que somos un matrimonio; bueno, tampoco me importaría... pero... otras veces...

ESPOSA.- ¿Puede saberse cuantos años hace que no te montas en otro coche que no sea el nuestro, con otra compañía que la nuestra?

CUÑADA.- No te precipites, hermana, no te precipites. Quiero decir, demostraros, que es bastante poco probable que esta chica y aquel conductor hayan estado casados alguna vez, no hay más que fijarse en la diferencia de su estilo de vestir, esa es otra prueba concluyente; de modo, hermana que no están casados aunque los hayas visto salir juntos del camión. Eso sí realmente los viste. Estabas muy nerviosa y ha pasado mucho tiempo. Además debes reconocer que habías abusado del vino con gaseosa. Y que... se me ha olvidado lo que iba a decir...

ESPOSA.- Yo la vi. No estoy loca. La vi salir corriendo del camión porque él la estaba golpeando. No estoy loca. No, no lo estoy porque yo sí yo sí estoy casada; eso da equilibrio, sobre todo a cierta edad una boda te sitúa en la realidad y evita que una se vuelva resentida, envidiosa, desconfiada, y, sobre todo, ESPABILADA.

CUÑADA.- ¿Pero de qué estás hablando?

ESPOSA.- Si, la más espabilada; ya de pequeña nuestros padres comentaban, la más pequeña ha resultado la más coqueta y también, y también la más espabilada. Aunque de poco te ha servido.

CUÑADA.- El accidente ha terminado de trastornarte.

ESPOSA.- Ya ti los tratamientos de belleza.

AUTOESTOPISTA.- ¡Basta, por favor!... Lo importante es que todos vayamos a las claras.

MARIDO.- Buena idea: adelante. La juventud primero.

AUTOESTOPISTA.- Bien. Reconozco que efectivamente llegué a la dehesa con él; es cierto. También es verdad que discutimos aunque de ninguna manera aquel hombre es mi marido. No necesito ninguno. Además tengo un novio que estudia económicas.

MARIDO.- ¿Entonces?

AUTOESTOPISTA.— Supongo que ahora
no debo ocultar nada;
él, el conductor del camión, y yo
habíamos estado juntos
la noche anterior en un motel
de la carretera,
en un motel no lejos de la dehesa,
repleto de conductores borrachos
y de cucarachas.

La noche del sábado
nos habíamos conocido
él y yo
en un club no lejos
del motel de la carretera,
en un club de la carretera,
él y yo,
pero no vayan a pensar nada malo.

CUÑADA.— Lo normal: ni malo ni bueno. Lo normal.

ESPOSA.— ¿Qué sabrás?

MARIDO.— Dejadla continuar, por favor.

AUTOESTOPISTA.— A la mañana siguiente
se empeñó en que nos detuviésemos
en la dehesa; yo no quería,
quería marcharme de allí,
quería que me dejase en la gasolinera,
allí ya me las arreglaría,
pero se empeñó en parar allí,
en ese asqueroso lugar
repleto de desperdicios y de domingueros...
Perdón...

MARIDO.— Luego hubo discusión...

AUTOESTOPISTA.— Sí.

Por eso eché a correr
buscando a alguien,

algún coche que me sacara,
tuve suerte al dar con ustedes,
con su coche;
él debió verme subir
a su coche,
le estoy viendo subir
al camión fuera de sí,
estoy viendo su cara
desencajada
por el retrovisor,
nos está dando alcance,
se acerca,
se acerca,
viene a por mí
como una fiera,
AQUI,
AQUI ME BAJO.

(SILENCIO)

MARIDO.— Las cosas se van aclarando. Ese camionero
tendrá que pagar por lo que ha hecho:
ha destrozado a un pobre inocente,
tendrá que pagar... Me pregunto
por qué no ha comparecido...

ESPOSA.— Si ella no llega a pedirte
que detuvieras el vehículo...

AUTOESTOPISTA.— Al verle tan cerca por el espejo
reaccioné de esa forma. ¿Cómo
iba a pensar que el camión no
se detendría? Sólo pretendía
que no me alcanzara, por eso
grité de esa manera tan vulgar; estaba
muy nerviosa, lo reconozco.

ESPOSA.— Podías haberte tomado alguna
de tus pastillas.

CUÑADA.— Todos estábamos muy nerviosos dentro del coche. Todos. Tendríamos que reconocerlo antes de que nos llamen para declarar. Tanta tensión tenía que estallar. Afortunadamente estamos aquí para contarlo.

MARIDO.— Excepto la víctima: mi coche, y ese delincuente.

ESPOSA.— Parece evidente que somos los testigos.

AUTOESTOPISTA.— No sé bien que pasó nada más colisionar. Sí recuerdo que pensé que estaba equivocada, que hasta ahí había llegado, pero que ya no podía dar marcha atrás, regresar a casa de mis padres, a mi barrio, a la facultad, terminar psicología, reconciliarme con mi novio que estudia económicas y dejar de jugar a ser la protagonista de una de esas películas francesas o americanas o argentinas; también comprendí que en el fondo nada me había enseñado tomar todas esas porquerías, ni ponerme a prueba para evitar el aburrimiento, jugando a prostituta de carretera,

dejándome llevar por cualquiera, no, cada vez lo veo más claro: no podía seguir así. Algo bueno tuvo el golpe.

CUÑADA.— Cierto. Tras el golpe cesó aquella tensión de repente. Curiosamente nadie se puso histérico; nada de eso; todos supimos conservar la serenidad; tuvimos mucha sangre fría, eso hay que reconocerlo; ya sé que todo quedó en un susto, pero ni siquiera, eso, lo que podía haber pasado, llegó a afectarme; ni eso, ni algo más grave como por ejemplo que se me partieran estas dos uñas, en otra ocasión eso me hubiera desquiciado, (*acababa de hacerme la manicura*), pero entonces apenas le di importancia.

✓ MARIDO.— Y que dices de mí... Después de todo las uñas le crecen a uno incluso después de muerto (*se ha comprobado*), pero el coche, mi coche, ya no tiene remedio; sin embargo, él, sólo él, mi coche tendría que haber venido a declarar.

ESPOSA.— Desde luego que tendría muchas cosas que contar.

MARIDO.— ¿Qué quieres decir? Vamos, deja esos aires de misterio.

CUÑADA.— No te des tanta importancia y dinos ya lo que sea.

ESPOSA.— Tengo derecho a no pronunciar

ni media palabra. Podría ser utilizado en mi contra.

MARIDO.— ¿Quién haría tal cosa?

Hemos quedado en ir a las claras.
Vamos, querida, estamos esperando.

AUTOESTOPISTA.— Deje que calle si no le apetece hablar.

ESPOSA.— También tú quieres que calle,
claro, claro, natural...

CUÑADA.— No pongas las cosas más difíciles,
por favor.

ESPOSA.— Hay que comprenderla; se encuentra alterada. Se nota que éste no es lugar para ella.

CUÑADA.— Estamos aquí para saber qué pasó.
No debemos ocultar, nada, nada.

ESPOSA.— Tú puedes decir cuanto se te antoje si así te desahogas un poco; adelante, soy muy comprensiva; de verdad, hermana, ahora te comprendo, todos necesitamos algún desahogo, si tú puedes hacerlo en cualquier parte me alegro por tí, yo en cambio, sólo en mi cocina, sí, me relajo, me aturdo, me evado: cocinando.

Darí cualquier cosa por estar allí.

AUTOESTOPISTA.— La envidio, sinceramente. Yo hubiera dado tanto por encontrar mi sitio.

ESPOSA.— Tendrías que conocerla: hornillo electrónico último modelo, microondas informatizado, *(la única chapuza lograda por mi marido)*, y un freglapatos que lo hace todo. Mi cocina. Una maravilla. Super.

AUTOESTOPISTA.— Si mi madre hubiese sido así, si me hubiese enseñado a apreciar la vida doméstica, si no hubiese tenido la ocurrencia de hacerse farmacéutica... Es inútil, a nadie le interesa mi vida, mis problemas...

MARIDO.— Adelante, habla, habla cuanto quieras. Estamos aquí para eso. Aunque, la verdad, no sé si va a servir de gran cosa, la verdad es que ya está todo hecho, y nosotros por más que digamos o que dejemos de decir no vamos a cambiar las cosas, no vamos a arreglar la carrocería recién reparada, ni el guardabarros recién estrenado, ni las luces de posición recién instaladas. Nada de eso se soluciona hablando. Está comprobado. ¿No opináis lo mismo?

ESPOSA.— A mí ya todo me da igual.

MARIDO.— Ya mí.

CUÑADA.— Pues anda que a mí.

AUTOESTOPISTA.— No, no me importa declarar, decir que tuve la culpa. Aquel domingo no era mi día. Nunca los domingos han sido un buen día para mí. Los odio. Pero ese día en especial, ese domingo fue más negro que ninguno. Estaba muy ofuscada, sí, y lo veía todo negro; y el campo, la dehesa, negra, negra, como si la hubiesen prendido fuego. Me dolía la cabeza... La noche anterior, en cambio... Toda clase de estimulantes que encontré en la rebotica de mamá, mezclados con alcohol.

Me apetecía hacer algo intenso,
divertido,
diferente...

Haciendo autostop había llegado hasta
ese bar de carretera; me dieron trabajo
«a prueba»... Era muy excitante estar allí
con las otras

chicas

aunque el local estaba vacío.

Hasta que

llegó.

Hizo sonar su bocina

antes de entrar. Luego

vino directamente hacia mí.

«Acabo de cobrar, tengo dinero

y me gustaría

gastarlo contigo.

Bueno...

Vamos.

¿Dónde?

Fuera.

¿Fuera?

¿Cuánto por una noche?

Pues...

Eso sí que me sacó de mi papel.

¡Hablar de dinero de ese modo!

Me escandalizó.

Pero en seguida me recompuse.

¿Por qué no?

¿No era esto lo que andaba buscando?

Divertido,

intenso,

diferente...

Pues, ¡adelante!

Me hallaba con fuerzas

de llegar hasta el final.

Tal vez por el alcohol,
o por los estimulantes,
o por tanto aburrimiento acumulado
con mi novio de Económicas.
El caso es que terminé la noche
con aquel desconocido
en un asqueroso motel de carretera.

MARIDO.— ¿Puede alguien dudar ahora
de que el camionero no conducía dormido
después de la nochecita?

ESPOSA.— ¿Cómo sabes tú
que no se quedó dormido
como una marmota?

MARIDO.— Me extraña, ya me extraña...

AUTOESTOPISTA.— A la mañana siguiente me levanto
muy temprano. El dolor de cabeza,
las ganas de vomitar y sus
ronquidos
no me han dejado
dormir...

Deseo salir

de allí cuanto antes... Me visto

y abandono la habitación.

Allí me veo en aquella carretera

esperando que alguien me saque,

que algún coche se detenga; pero no,

ninguno quiere sacarme. Pasan...

Puede que mi aspecto...

qué sé yo...

Los coches van repletos: familias

de domingueros. Los aborrezco.

Por fin sale él.

Sube al camión.

Me ve en la cuneta.

Para.

Me promete dejarme

donde le pida.
Me promete
compostura. El
ahora es otra persona.
También yo soy otra
persona. Sólo pienso
en regresar a casa,
darme un baño
y hacerme unas tostadas
con la mermelada inglesa
de mamá.
Para un momento a
aliviar la vejiga y...

ESPOSA.— ¿Y?

AUTOESTOPISTA.— Y seguimos por
la carretera general hasta que
incomprensiblemente se desvía
hacia la dehesa. Quiero bajarme.
Grito lo mismo:
AQUI, AQUI ME BAJO,
pero no, no frena, no, él no...
Todo lo contrario,
se ríe mientras acelera...
Un día en el campo, nena,
nos sentará bien;
no tenemos nada que hacer
un día de fiesta, nena...
Utiliza un retintín al hablar
poco tranquilizador.
Siento miedo y ganas
de llamar a la policía.
Vamos, vamos, estás mal
de los nervios. Todas esas porquerías
que tomas. Un poco de campo
te sentará bien.

¡Déjeme!
Vamos...
¡Déjeme!
Vamos...
Y así hasta la dehesa.
Esa es nuestra discusión.
Estaba histérica, es natural.
Acababan de secuestrarme
en una repugnante dehesa
repleta de desperdicios
y de domingueros.

(SILENCIO)

MARIDO.— Lo hizo adrede. El,
el conductor del camión. Mi teoría
(*Quién dijo que iba dormido*),
era su forma de vengarse de que ella
no quisiera saber nada de él,
nada de sus enormes manos de transportista.

CUÑADA.— No te precipites en tus conclusiones. Lo único
que parece claro es que
efectivamente
esa chica llegó en ese maldito camión
a la dehesa.

ESPOSA.— Lo que yo decía. Pero nadie ha querido
creerme. Ni en mi propia familia.

CUÑADA.— No tengo ganas de discutir. No,
no quiero decir nada
que pueda ponerse en mi contra. No
sirvo para estas cosas. No tenían que haberme
hecho comparecer. Todo esto me da igual.
Tenía que estar en la peluquería.

ESPOSA.— Pues hay que seguir hasta el final. Todavía
quedan algunos cabos por atar.

MARIDO.- ¿Qué cabos? Está todo bastante claro.

Mi teoría es la siguiente. La chica
no es una profesional del acto,
además aquel día tenía especialmente
mermadas sus facultades debido a los fármacos;
por tanto el camionero quedó defraudado
lo que le llevó a reaccionar de esa manera.
Pretendía recuperar su dinero. ¿No es así?

AUTOESTOPISTA.- ¿Qué dinero?

MARIDO.- La tarifa de sus servicios. ¿No es así?

AUTOESTOPISTA.- Sí, supongo.

MARIDO.- Aclarado. Nada hay como la lógica bien
aplicada. ¿Quién dijo que iba dormido?

(SILENCIO)

ESPOSA.- Lo que nos ha contado esta
señorita autoestopista
sucedió aproximadamente
hacia el mediodía
aproximadamente
y nosotros la recogimos
a media tarde, aproximadamente,
a media tarde...

Entonces yo me pregunto:
qué pudo estar haciendo
hasta entonces,
desde el mediodía hasta
la media tarde,
aproximadamente,
qué pasó,
yo me pregunto
qué pudo pasar...

¿Se sentía a gusto en la dehesa
a pesar de los desperdicios,
de los domingueros

y de la plaga de hormigas.
No pondría la mano en el fuego
jurando que sí afirmativamente.

MARIDO.- ¿Te importaría ser más clara?

ESPOSA.- (*Por la autopista*) Que nos diga adónde fue
después de bajar del camión. ¿Qué hizo?

AUTOESTOPISTA.- Eché a correr, eso hice. Sí,
eché a correr,
eché a correr hasta que...

ESPOSA.- Hasta que...

AUTOESTOPISTA.- Hasta que ví a una persona
que lavaba su coche.

MARIDO.- Yo.

ESPOSA.- Ya.

MARIDO.- Sí, era yo... Para mí tener el coche limpio
es una cuestión de principios, aunque
si lo hubiese sabido,
si hubiese sabido cómo quedaría más tarde
no hubiera perdido mi tiempo
limpiándolo. Total, si más tarde
se iba a convertir en un montón de chatarra.
¿Qué importancia podía tener
que estuviese más o menos limpio?

ESPOSA.- (*A la autopista*) ¿Estaba sólo mi marido?

AUTOESTOPISTA.- No, había otra
persona.

CUÑADA.- Yo.

ESPOSA.- Ya.

CUÑADA.- Me ofrecí
a ayudarlo
a lavar
siempre

que lo hiciera
con las oportunas
precauciones,
quiero decir
que estaba dispuesta
a hacerlo
con guantes de goma
antialérgicos
(doble capa de algodón)
para preservar
la manicura.
Sí, decidí
ayudarlo
en aquella fuente
algo retirada
de donde tú
habías quedado
preparando la comida.

ESPOSA.— Un arroz...

CUÑADA.— Como te pedí. No engorda...

ESPOSA.— Con tomate...

CUÑADA.— Sí, con tomate, con mucho tomate...

MARIDO.— Es una comida muy apropiada,
muy natural
para el campo,
sienta bien al estómago,
está comprobado.

ESPOSA.— Necesitaba más agua para alcanzar
el punto ideal. Para terminar de hacerse.
Ni duro, ni muy pesado. Su punto.
Me hice con una jarra de plástico
recién comprada de ocasión y me dirigí
a la fuente.

AUTOESTOPISTA.— Y me vio. Por eso sabe que estaba allí.

MARIDO.— La chica se empeñó en que la sacáramos
de allí de inmediato. Afirmaba que la seguía
un camionero enloquecido. No la creímos.
Parecía drogada... Además, ¿cómo íbamos a dejar
que se pasara el arroz? ¿Cómo íbamos a dejar el coche
a medio lavar? ¿Cómo íbamos a...?

CUÑADA.— (A la esposa) No te vimos aparecer. Eso es
muy propio de ti. Ya de niña
solías espiarme detrás de las cortinas
de nuestra habitación.

MARIDO.— Más tarde, cuando ya recogíamos para
marcharnos, cuando volvió a aparecer la chica
perseguida por ese energúmeno,
entonces sí me ofrecí a sacarla de allí.
Entonces, ya existía una prueba objetiva
de que ese camionero de manos descomunales
era algo más que una alucinación.
No soy un desalmado. Sólo necesito pruebas.

AUTOESTOPISTA.— Estuve durante varias horas
escondiéndome de él,
del conductor del camión,
ya que ningún otro coche,
ninguna otra familia
quiso ayudarme.
Por fin,
usted
decidió arrancar
cuando vio el billete
que le ofrecí
por la plaza en su coche.

MARIDO.— Bueno, también acepto que lo acepté.
Era un dinero caído del cielo.
Hubiese sido un pecado no aceptarlo.

Lo importante del dinero es que caiga
en buenas manos.

CUÑADA.— *(Al marido)* Reconoce que no viste a nadie
persiguiendo a la chica por la dehesa,
que seguiste pensando que se trataba
de una alucinación de drogadicta.

MARIDO.— Bueno, vi el camión, eso es lo que importa.
¿A qué viene todo esto ahora? El caso es que montó
en mi coche. ¿No? Es es lo único
VERIFICABLE.

ESPOSA.— En cualquier caso eso ocurrió más tarde. Pero
antes,
antes,
¿qué pasó antes en ese automóvil?

MARIDO.— Vamos, déjate de historias y di
qué creiste ver.

ESPOSA.— Vi.
Pruebas objetivas. Vi.
Vi cómo limpiábais el coche.
Eso es lo que ví. Os esmerábais.
Parecíais muy compenetrados. Mucho.
Increíblemente compenetrados
en el interior de ese asqueroso
vehículo.

MARIDO.— Sí, también lo admito.
Admito que lo viste.

ESPOSA.— Me di la vuelta sin el agua
y regresé al arroz.
Ahora os explicaréis mejor
porqué me quedó tan poco hecho
y porqué se me puso esa cara de ajo.

CUÑADA.— Ya no tiene sentido ocultar
nada. Sí, algo me dice que no es

momento de andarse con tapujos. La verdad:
casi un año entendiéndonos
a tus espaldas... Pero tú, reconoce
que algo te barruntabas... En fin...
No sé si debo disculparme. Es lo que se hace
en estos casos; pero disculparme,
¿de qué?... ¿De no haberlo confesado
antes?... Siempre es tarde; además
¿para qué?... Pero hoy... No sé,
no me apetece seguir fingiendo.
Tanto maquillaje empieza a resultar
un estorbo. Hermana, por una vez quiero
serte sincera.

ESPOSA.— Adelante. Aunque te puedo asegurar
que nada puede sorprenderme.

CUÑADA.— Lo primero confesar que sí te vi.
Mejor dicho, te presentí espiando
detrás de las breñas como de pequeña
detrás de las cortinas. Allí estabas
con tu estúpida jarra de plástico,
con tu cara de bobalicona,
con tu arroz a medio hacer,
contemplando lo que sucedía en el interior
del automóvil reluciente de tu marido.

MARIDO.— Yo no me enteré de nada.

CUÑADA.— Pero sí notaste un cambio brusco
en mí. Te dije, de repente,
que las cosas no podían seguir
así. Te exigí que habláramos
con ella.

MARIDO.— Bien, lo haremos en cuanto lleguemos
a casa. Prometí. En casa, entre sus electrodomésticos
lo encajará mejor. No te sentirás
tan abandonada. Eso dije.

ESPOSA.— A veces, reconozco,
saben acompañarme
mejor que las personas.

MARIDO.— No era un trago muy agradable. ¿Cómo
empezar? Me obsesionaba la idea. (*A la cuñada*) Y tú
más tarde, a la vuelta, en la caravana
presionándome con tus miraditas
por el retrovisor.

CUÑADA.— Trataba de recordarte que habías prometido
hablar con ella. Por eso te miraba
de esa manera mientras me daba rimmel.
Estabas nervioso y yo aumentaba la tensión.
Eso te distrajo. No atendías a la carretera.
Sólo pensabas, pensabas, pensabas cómo
salir de la situación cuando llegáramos.
Me divertía. Me excitaba. Yo tuve la culpa.

MARIDO.— Vamos, cuñada, no digas esas cosas.
Antes yo sería el culpable. Tienes razón,
estaba horrorizado ante la idea
de llegar a casa. En el fondo no quería
llegar.

AUTOESTOPISTA.— No tengo hermanos. Entre hermanos
todo debe ser diferente. Más suave.

CUÑADA.— (*A la esposa*) Nada más darle el ultimatum
regresé al camping a ayudarte
a poner la mesa: el arroz,
el vino, la gaseosa...
Un silencio,
y otro...,
y otro...

(PAUSA)

ESPOSA.— Ese día, ese domingo te habías pintado
grotescamente. Tendrías que haber visto,
querida hermana, cómo se reían de tu aspecto
los excursionistas.

CUÑADA.— ¿Y qué me dices del ridículo
que tú hacías luciendo
la vajilla de porcelana?

MARIDO.— No discutáis, no merece la pena. Lo que pasa
es que en el fondo sois muy parecidas.
Por eso yo... No, nada... Mi mujer
cocina mucho mejor. Eso es incuestionable.
Salvo aquel día, ese arroz...
Hay que contar con un margen de error,
nadie está libre de un desliz... Y por eso yo...
No sé si me explico...
Bueno, el caso es que sois hermanas,
eso sí que es un dato objetivable.

AUTOESTOPISTA.— Soy hija única. Nunca podría
guardale rencor a un hermano.

ESPOSA.— Yo no le guardo rencor a ella.
Entre hermanos se olvidan pronto las cosas.
Además mi hermana, por una vez,
ha sido clara. Si todos hiciéramos lo mismo
otro gallo nos cantara:
podríamos averiguar de una vez por todas
qué es lo que pasó.

AUTOESTOPISTA.— ¿Por qué dice eso?

ESPOSA.— El conductor del camión no perseguía
sus encantos. Buscaba otra cosa: dinero, su
dinero.

MARIDO.— Esa es mi teoría, querida.

ESPOSA.— No me refiero a la tarifa por sus servicios.
Hablo de una cantidad mayor, del sueldo
que el conductor del camión había cobrado
ese mismo día. El,
él mismo me lo dijo.

MARIDO.— ¿El?

ESPOSA.— El conductor del camión.

MARIDO.— ¿Qué es lo que te dijo?

ESPOSA.— Que le habían robado cuando paró un momento para aliviar la vejiga.
(A la autoestopista) ¿No es así?

AUTOESTOPISTA.— No necesito robar. No necesito nada. Ese dinero no lo necesito. No lo necesitaba. Sólo necesito medicarme. Y eso no me cuesta dinero. No quiero hablar más de dinero.

CUÑADA.— El dinero no es malo ni bueno. Todo depende de la manera de gastarlo. Lo importante, desde luego, es tenerlo. Una vez que se tiene lo importante es gastarlo; pero claro, sabiendo que se va a volver a tener para así volverlo a gastar. Eso es lo importante.

ESPOSA.— El dinero es sagrado. Sobre todo el ajeno.

MARIDO.— ¿Por qué no nos lo dijiste antes? Casi me convierto en cómplice de un delito. Sería terrible verse envuelto en un asunto así. Una mancha en mi expediente... Peor que una abolladura en la carrocería... Aunque si he perdido el coche, tampoco es ya tan importante perder la reputación.

CUÑADA.— Que roben los pobres... Pero tú... No puedes disimular tu buena familia, te pasa lo mismo que a mí y todo lo contrario que a mi hermana.

ESPOSA.— ¿Familia? ¿Qué sabes tú de eso? ¿Qué sabes tú lo qué es tener un marido? ¿Qué sabes tú lo que es tener hijos?

MARIDO.— Querida, nosotros no hemos tenido hijos.

ESPOSA.— Pero lo hemos pensado porque estábamos casados. Ella, en cambio, todo el día en nuestro hogar coleccionando cromos de famosos y pintorrojeándose para...

(SILENCIO)

MARIDO.— El índice de esterilidad entre la población masculina ha aumentado en los últimos tiempos. Me hubiese gustado mucho tener una hija.

AUTOESTOPISTA.— Si pudiera recordar cómo era mi padre... En la facultad me pedirían que hiciera el esfuerzo.

CUÑADA.— ¿El esfuerzo? ¿Para qué?

AUTOESTOPISTA.— Para recordar.

MARIDO.— ¿Y qué estamos haciendo desde que llegamos?

ESPOSA.— Trata de desviar el tema con sus psicologías. Al grano, al grano, que nos diga cómo lo hizo.

AUTOESTOPISTA.— Abro la guantera buscando un Alkaselzser y descubro el dinero. De inmediato siento el deseo de hacerlo, de vengarme de aquel hombre, de sus ronquidos, de sus enormes manos, de su vejiga incontinente... No, aquel hombre no debía parecerse a mi padre. Le robé.

ESPOSA.— Por fin.

(PAUSA)

MARIDO.— Hay una cosa que no termino de comprender. (A la esposa) ¿Por qué si sabías que la chica le había robado, por qué, yo me pregunto, no nos lo dijiste cuando subió al coche?

ESPOSA.— Me había propuesto no dirigirte la palabra en la vida.

MARIDO.— Puedo hacerme cargo, después de lo que acababa de suceder, lo lógico es que desearas desquitarte. Lo comprendo... Siempre he sido un marido muy comprensivo...

ESPOSA.— No quería desquitarme.

MARIDO.— ¿Ah, no?

ESPOSA.— No, sencillamente quería no hablar.

MARIDO.— Claro, claro...

ESPOSA.— Ya me había desquitado.

MARIDO.— Ya te habías desquitado... *(Transición)*
Una pequeña pregunta... ¿En qué momento el conductor del camión te dijo que la chica le había robado?

ESPOSA.— Después de la comida.

MARIDO.— ¿Después de la comida?

ESPOSA.— Sí, después de la comida.

MARIDO.— ¿Qué pasó después de la comida?

ESPOSA.— Quería estar sola. Lo que había sucedido me empujaba a quedarme sola. No tenía humor para hacer sobremesa. Cogí los cacharros, la loza cara pringada de arroz duro con tomate, cogí mi lavavajillas (poder antigraza y espuma limpiadora), y me dirigí de nuevo a la fuente a frotar y a llorar en silencio, un poco de rabia, otro poco de aburrimiento y otro poco de tener que mojar me las manos en aquella agua helada,

en aquella fuente sin calentador...

No debí ponerme así, ahora me doy cuenta de que no era para tanto, pero entonces,

entonces las cosas me afectaban de modo diferente: me sentía la mujer más desgraciada del mundo lavando los cacharros en aquella fuente helada.

CUÑADA.— Me había quedado los guantes de goma (antialérgicos, doble capa de algodón), tu orgullo no me los pidió.

ESPOSA.— Estaba harta, sí, lo reconozco, harta de tanto campo. No me gusta el campo. Nunca me ha gustado. Me gusta mi casa, y me gusta el progreso y la civilización; y el campo eso no te lo da; no, el campo significa todo lo contrario... El campo no progresa nada, el campo vuelve primaria a la gente, la gente llega a hacer cosas por el instinto animal que maman del campo. No, no estoy a gusto allí.

MARIDO.— Nunca me lo comentaste. Años y años saliendo al campo los domingos y ahora resulta que lo aborrecías.

ESPOSA.— ¿Y a ti? ¿Te agradaba a ti salir de excursión?

MARIDO.— Ahora que lo dices no mucho. Pensaba que era lo suyo.

ESPOSA.— ¿Lo suyo?

MARIDO.— Bueno, es lo que hace todo el mundo. Los domingos se sale al campo. Yo, ya sabes, hubiera preferido que el domingo no fuese día festivo, yo, tengo que reconocerlo, donde estoy más a gusto

es en el trabajo, junto a las máquinas
que acaba de adquirir la empresa,
la estadística es mi pasión y tenemos
la suerte de que nos da de comer.
No, yo no necesitaba descanso los domingos.

ESPOSA.— Estoy en la fuente,
estoy algo rabiosa
y algo apenada
fregando,
fregando,
restregando,
restregando,
sola,
ni siquiera el lavaplatos automático,
en esa horrible fuente
de agua helada,
fregando como una mujer
de alguna tribu salvaje, así me siento:
engañada y
subdesarrollada, una mujer
de la edad de piedra.
De pronto surge de entre
las breñas él, el conductor
del camión. También su aspecto
es bastante salvaje,
parece un animal gruñendo,
está furioso, pregunta por ella,
está tan alterado,
tan capaz de cualquier cosa, que instintivamente
miento: niego haber visto a ninguna
muchacha con aspecto de...,
bueno, niego haber visto a nadie.
Se aplaca un poco,
está extenuado de tanto correr,
no sabe qué hacer,

hacia dónde dirigirse. Le sugiero
que beba agua de la fuente,
llego incluso a ofrecerle
un vaso de vidrio de primera calidad,
del juego de vasos de vidrio que también
más tarde quedaría destrozado...
Sí, le ofrezco un vaso de agua
para que se reponga del sofoco; eso hace,
bebe, sí bebe, primero del vaso, después
directamente del caño de la fuente
como un potro salvaje, la camiseta empapada
de sudor y del agua: llama la atención
y yo sigo restregando,
restregando,
restregando el estropajo
hasta que,
de repente,
siento ganas
de desquitarme,
ganas
de hacer algo
fuera de lo normal,
ganas,
allí, en el mismo lugar
donde os he sorprendido, donde
he descubierto el engaño
de mi propia familia; allí, a esa hora,
la hora de la siesta,
una hora muy especial para los hombres,
comenta, no se está mal,
si aquí no se está mal,
un lugar muy agradable, sombreado,
el sonido de la fuente
me aplacará, y por encima de todo
una buena compañía femenina,
BUENA

COMPañIA

FEMENINA.

¿Cuánto tiempo hacía
que nadie me decía ninguna
de esas tres palabras?

Nadie.

Me quedaré un rato, ¿no le importa?

No, no, descuide.

La hora de la siesta,
los cacharros fregados,
¿qué hacía allí tan
quieta? ¿Qué hacía?
¿Qué hacer? ¿Qué hacer?
Perderse,
perderse entre las breñas,
eso,
hacer algo fuera de lo normal,
desquitarme allí,
entre las breñas,
como un animal salvaje,
como un ser irracional,
eso hice: perder el progreso
y la civilización
entre aquellas breñas
con aquel transportista.

AUTOESTOPISTA.— Sobre gustos no hay nada escrito.

CUñADA.— Bueno, ya está hecho, si te sirve
de algo te diré
que posiblemente yo
hubiese hecho lo mismo en tu caso.
Siempre me gustaron
los hombres en camiseta.

MARIDO.— ¿Qué puedo hacer ahora? Mi mujer
se echa a perder entre los matorrales
con un individuo que me ha dejado

sin vehículo... Y la empresa...

No sé nada de ella desde el accidente:

qué fatalidad, precisamente ahora

que se anunciaban cambios:

mayor remuneración, suplementos, incrementos,

mayor número de horas extraordinarias...

A mí las horas junto a las máquinas

siempre me han parecido extraordinarias.

Ahora más...,

más máquinas,

más trabajo,

más dinero...

(A la esposa) Hablabas de cambiar el mobiliario; pero

ahora, se acabó lo que se daba. Todo:

mi mujer,

mi empresa,

mi coche...

ESPOSA.— ¿Has dejado la empresa?

MARIDO.— No, no, en realidad,
no sé bien qué ha sucedido;
desde entonces no he sabido
nada de ella,
de la empresa;
tampoco de mi familia,
ni siquiera del coche,
nada
hasta este momento.
Ahora ya está todo claro.

AUTOESTOPISTA.— Si está todo claro podemos
marcharnos.

CUñADA.— Sí, supongo que si no tenemos
nada más que decir es el momento
de abandonar esta sala.

ESPOSA.— Yo me he quedado bien a gusto, hablando.

AUTOESTOPISTA.— Sí, no es muy corriente que las personas se comuniquen con nosotros.

CUÑADA.— Pero esto no es una tertulia. Es...
¿Alguien sabe qué lugar es éste?

MARIDO.— Una sala de espera que tienen a limpiar, sobre todo después de cómo la hemos puesto con nuestras inmundicias.

CUÑADA.— En este caso, sería conveniente abandonar el lugar, caso de que no tengamos nada más que decir.

MARIDO.— Tienes toda la razón.

(SILENCIO)

AUTOESTOPISTA.— Si no tuviéramos más cosas que decir...
Qué horror.

CUÑADA.— Otras veces, yo... en la peluquería... hablo..., hablo..., hablo..., ¿qué queréis que os diga?

MARIDO.— Hablando se entiende la gente.
Resultaría un poco violento que nos quedásemos callados.

ESPOSA.— Calla, calla, no digas esas cosas.

(SILENCIO)

MARIDO.— ¿Qué ha pasado?

ESPOSA.— Un ángel..

MARIDO.— ¿Un ángel? ¿Qué quieres decir con eso? ¿Va por mí, verdad?

ESPOSA.— Ha pasado un ángel. Es una frase hecha, querido.

AUTOESTOPISTA.— Las frases hechas están hechas para momentos como este. Para que no pasen más ángeles.
Son tan cómodas. Un alivio.

CUÑADA.— Sí, se relaciona una mejor con las personas
[humanas.

MARIDO.— Tendríamos que evitar otro silencio como ése, ¿no creéis? Debemos hacer el esfuerzo todos.
Yo el primero...

AUTOESTOPISTA.— ¿Le ocurre algo?

ESPOSA.— ¿Puede saberse qué estás haciendo, querido?

MARIDO.— Pienso en una frase hecha... ¡Ya está!
«Parece que ha mejorado el tiempo».

CUÑADA.— «Todos los hombres son iguales».

ESPOSA.— «Cada día está más cara la vida».

AUTOESTOPISTA.— «Las apariencias engañan».

MARIDO.— «No sé adónde vamos a ir a parar».

CUÑADA.— «Unos tantos y otros tan poco».

ESPOSA.— «Los políticos van a lo suyo».

AUTOESTOPISTA.— «Antes se vivía mejor».

MARIDO.— «Si todos trabajáramos un poco más...».

CUÑADA.— «Se ha perdido la vergüenza y el respeto».

ESPOSA.— «Donde esté la sonrisa de un niño...».

AUTOESTOPISTA.— «El dinero no lo es todo».

MARIDO.— «Cada mochuelo a su olivo...».

CUÑADA.— «La experiencia es la madre de las ciencias».

ESPOSA.— «De fuera vendrán que de tu casa te echarán».

AUTOESTOPISTA.— «A mí lo que hagan los demás...».

MARIDO.— «Esto lo solucionaba yo en un santiamén».

CUÑADA.— «Mientras haya salud...».

ESPOSA.— «Se ve a cada una por ahí...».

AUTOESTOPISTA.— «No encuentro palabras para...».

No encuentro palabras para...

MARIDO.— Palabras para...

CUÑADA.— Para...

ESPOSA.— Palabras...

AUTOESTOPISTA.— P...

(SILENCIO)

MARIDO.— MOTOR: delantero transversal de cuatro cilindros en línea con culata de 16 válvulas.

CILINDRADA: 1.485 centímetros cúbicos.

POTENCIA MAXIMA: 85 CV. a

5.500 revoluciones por minuto.

TRACCION: delantera. CAJA DE

CAMBIOS: manual de cinco marchas.

DIRECCION: de cremallera asistida.

FRENOS: de disco en las cuatro ruedas, ventilados los delanteros.

SUSPENSIONES: independiente a las cuatro ruedas.

[DEPOSITO

DE COMBUSTIBLE: 45 litros. PESO

TOTAL: 960 kilos.

(SILENCIO)

CUÑADA.— El gel anticelulítico acción integral tiene en cuenta el ritmo fisiológico de la mujer y ataca con fuerza las sobrecargas locales desde todos los frentes, oponiéndose a su reinstalación todo el año, gracias a sus efectos liporreductor, anti-agua y antirreinstalación.

(SILENCIO)

ESPOSA.— Frigoríficos de 1 ó 2 puertas.

Modelos empotrables, integrables o side by side, con congelador y frigorífico a cada lado.

Poseen además una cámara de alta humedad que mantiene un 90%

de humedad relativa, para conservar en perfectas condiciones los alimentos

que más se resienten con la pérdida del agua, como frutas y verduras.

(SILENCIO)

AUTOESTOPISTA.— El diclorhidrato de hidroxicina está especialmente indicado para casos de

inestabilidad, irritabilidad e insomnio nervioso. Angustia.

Trastornos orgánicos de origen emocional.

Síndromes psiquiátricos menores (melancolía ansiosa) y,

en general,

siempre que se desee conseguir

un efecto tranquilizante o

ataráxico.

(SILENCIO)

MARIDO.— Esto es todo.

CUÑADA.— Visto para sentencia.

ESPOSA.— ¿Qué estás diciendo?

CUÑADA.— Lo que se dice en los juicios.

ESPOSA.— ¿Qué juicio? ¿Quién nos va a juzgar?

CUÑADA.— Nosotros mismos.

ESPOSA.— ¿Nosotros? ¿De qué?

AUTOESTOPISTA.— Nosotros y ellos.

ESPOSA.— ¿Ellos? ¿Quiénes?

MARIDO.— Los que tengan que venir.

ESPOSA.— Aquí no viene ni Dios.

AUTOESTOPISTA.— Pues yo tengo la impresión de que alguien nos ha estado escuchando.

CUÑADA.— Tengo la misma sensación.

Mira que si...

ESPOSA.— Que si qué...

CUÑADA.— Nada. Imaginaciones mías.

AUTOESTOPISTA.— Yo también imagino. Creo

lo mismo; yo también...

sin haber tomado nada

capto que algo...

Mi cuerpo no sé si está presente

o si sólo es un recuerdo...

MARIDO.— Comparto esa impresión.

ESPOSA.— ¿Cuál?

MARIDO.— Eso que dice la chica,

eso que estás pensando.

ESPOSA.— No pensaba

en nada.

MARIDO.— Pues eso.

ESPOSA.— Se me han secado los pensamientos.

MARIDO.— Pues yo juraría que...

CUÑADA.— Llevas razón, hay un no sé qué

que me dice que estamos...

que estamos...

ESPOSA.— Que estamos bien.

AUTOESTOPISTA.— Sí, estamos bien.

MARIDO.— Eso es, estamos bien

muertos.

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-PP